

LAS ESTRELLAS BRILLAN SOBRE MIS ESCUADRONES (NAPOLEÓN Y SUS CAMPAÑAS EN LA LITERATURA)¹

Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL²

RESUMEN

Si preguntáramos hoy día a un joven parisino sobre Austerlitz seguramente nos señalaría el camino hacia una concurrida estación de la capital francesa. Si hiciéramos lo mismo con un joven inglés por Trafalgar éste nos acompañaría a la más famosa plaza de Londres. Y puede que ambos conozcan mejor la batalla de Waterloo por *Los miserables* de Víctor Hugo o por el cuadro de la carga de los *Scots Greys* de Lady Butler que por sesudos estudios. La literatura tiene esa ventaja: su capacidad de impactar y entretener hace que las generaciones formemos nuestro imaginario colectivo gracias a su poder evocador... aunque la ficción no siempre se compadezca bien con la realidad de los hechos.

¹ «Las estrellas brillan sobre nosotros... Hermosa jornada la que voy a pasar al lado de mis escuadrones» (frase de Napoleón recogida por Emil Ludwig para su ensayo *Tu tierno esposo Napoleón*). Al ser el presente artículo un estudio que empleará citas largas, todos los datos de edición de las obras mencionadas irán en la bibliografía final.

² Fernando Calvo es economista, escritor y Legionario de Honor. Ha publicado obras relativas a historia bélica como *Atlas de batallas de la Guerra Civil española* (Madrid, Susaeta, 2011, dos eds.), *La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria* (Madrid, La Librería, 2012, 4 eds.), *Homo Bellicus. Una historia de la Humanidad a través de la guerra* (Madrid, Arzalia, 2021). Coordinó para Almuzara en 2019 una Biblioteca de Guerra Civil española reeditando clásicos de ambos bandos. En 2022 publicó, en Arzalia, *La Guerra Civil. Una historia total*.

En cualquier caso, siempre será interesante rastrear en las novelas, los poemas, el teatro o incluso las obras de arte y el propio cine la huella dejada por los hechos históricos. Si aplicamos el experimento a una personalidad tan compleja como la de Napoleón y a unas guerras tan trascendentales como las de la Revolución y el I Imperio francés, encontraremos que uno se puede formar una idea bastante precisa de lo realmente ocurrido. Este es precisamente el ensayo que nos proponemos realizar aquí: estudiar el auge y la caída de Bonaparte a través de obras maestras o de referencia de la literatura universal.

PALABRAS CLAVE: Napoleón. Guerras napoleónicas. Guerra de la Independencia española. Campaña de Rusia. Waterloo. Pérez Galdós. Tolstoi. Victor Hugo.

ABSTRACT

If we question nowadays a young Parisian over Austerlitz, he will for sure show us the way to a busy station in the French capital. If we do the same with an English young with Trafalgar, he would accompany us to the most famous of London squares. And chances are they know better the Battle of Waterloo out of *Les Misérables* from Victor Hugo, or from Lady Butler's picture of the *Scots Greys' Charge* than out of brainy studies. Literature has this advantage: its capacity to impact and entertain makes our generations to form our collective imagination thanks to its evocative power... although fiction does not always comport well with the reality of the facts.

In any case, it will always be interesting to trace the imprint left by historical events in novels, poems, theater or even works of art and in the cinema itself. If we apply the experiment to a personality as complex as that of Napoleon and to wars as momentous as those of the Revolution and the First French Empire, we will find that one can form a fairly precise idea of what really happened. This is precisely the essay that we propose to carry out here: to study the rise and fall of Bonaparte through masterpieces or reference works of the Universal literature.

KEYWORDS: Napoleon. Napoleonic Wars. Spanish War of Independence. Russian campaign. Waterloo. Perez Galdos. Tolstoy. Victor Hugo.

* * * *



Modelo para la estatua *Vive l'Empereur* sita en los Inválidos de París

1. UN TAL BUONAPARTE

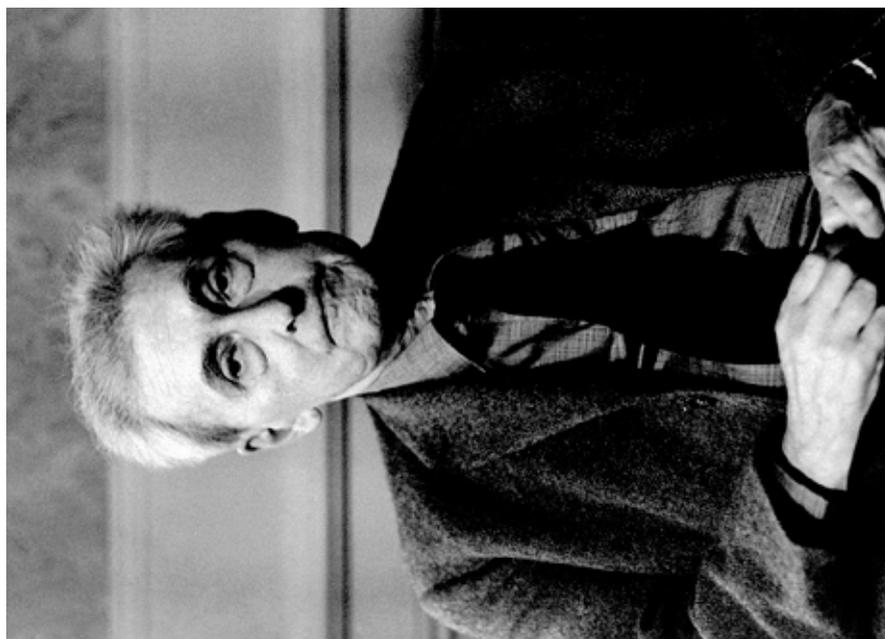
Napoleón fue audaz de principio a fin, un osado que tomó del suelo el poder de la Revolución Francesa devenido en anarquía. Infatigable trabajador, con una cabeza privilegiada y devorador de todo tipo de libros, Bonaparte irrumpió en la historia como una fuerza de la naturaleza. Nacido en Ajaccio (Córcega) en 1769, Napolione Buonaparte fue en sus orígenes no más que un patriota corso, furibundo enemigo de Francia. Tan es así que antes de ingresar en la Academia Militar hubo de acudir a Marsella para aprender el francés, idioma que desconocía.

Demostrando la destreza adquirida en el arma que le vio nacer como militar –la Artillería–, su primera gran ocasión le llegaría en el sitio de Tolón (1793), que sería liberada gracias al inteligente despliegue que hizo de las piezas puestas a su disposición, lo que le valió el ascenso a general. Su fama empezó a extenderse por toda Francia mientras cosechaba éxitos bélicos, al tiempo que comenzaba a tender una red de contactos políticos fundamental para sus planes. El 13 de Vendimiario del año IV de la Era Revolucionaria (octubre de 1795)³, el general Buonaparte sofocaba la revuelta de París, consolidando su prestigio y, más importante, logrando que el Directorio le nombrara General en Jefe del Ejército de Italia, su catapultas al poder.

Muy influido por su formación en el marxismo y en pleno apogeo de la Unión Soviética, el escritor Ilya Ehrenburg dejó escrita una interesante novela sobre el auge de Napoleón titulada *La conspiración de los iguales*. Aunque el ucraniano escribía en clave contemporánea y con la mente puesta en la revolución de su país en 1917, la obra estaba cuajada de matices que nos permiten comprender los primeros pasos del corso en su ascensión. Así lo vio en el capítulo duodécimo de dicho libro, titulado muy significativamente «El gran juego»:

«El general Napolione Buonaparte había traído tropas, emplazado cañones y se preparaba para el combate. Protegía su retaguardia porque no sabía dónde estaba el enemigo. Se decía que los anarquistas eran todopoderosos y que París estaba contra el Directorio. [...] Relinchaban los caballos de dragones. Los soldados intercambiaban bromas. A veces, los obreros les gritaban: «Mejor haríais yéndoos a la frontera que matando aquí a las gentes.»

³ Sabido es que la Revolución Francesa cambió el calendario tradicional por uno que hiciera referencia a los ciclos o fuerzas naturales. Vendimiario correspondía a septiembre-octubre y brumario, mes en el que cuatro años después Napoleón daría el golpe de estado definitivo, a noviembre.



Cubierta de *La conspiración de los iguales* para ediciones Júcar y foto de su autor, el periodista soviético Ilya Ehrenburg

El general Buonaparte, con la cabeza inclinada hacia delante y paso rápido, quizá demasiado largo para su talla, se acercó a la puerta de la antigua iglesia donde se reunía la Sociedad del Panteón. Los artilleros, en sus puestos, esperaban la señal. Sin embargo, el guardián, sin decir una palabra, entregó al general las llaves del lugar, llaves enormes de iglesia semejantes a antiguos trofeos. Buonaparte sonríe –aún no tenía la costumbre de tomar ciudades–... El ruido de sus cascos anunció a los indiferentes parisienses y a todos los espectadores del mundo la nueva victoria del «general de Vendimiaro». Era el héroe de los patriotas aún no hacía mucho tiempo. «Había salvado a la República y a la Revolución». Era joven y pequeño, sí, pero un defensor de la Igualdad. No en vano había sido amigo del joven Robespierre. No pensaba solamente en las hazañas militares, sino que se ocupaba también de la organización de la sociedad. En el 91, ¿no decía públicamente ese curso que era necesario que «la ley civil asegure a cada uno sus necesidades físicas, que la sed inextinguible de riqueza sea reemplazada por el sentimiento consolador de la felicidad»? Buonaparte no rechazaba esos elogios. No hacía más que tomar parte en el juego. La primera partida estaba ganada. [...]

Ese día el curso unió su suerte a la de Francia. La ocasión que le brinda Vendimiaro fue para él el compromiso de una partida complicada. Después de los patriotas, había que hacerse querer por todos, por los moderados, por los aristócratas, por los petimetres, por los ricos hombres de negocio, por los contratistas, por la alta sociedad... Buonaparte se alegra haciendo tintinear las llaves del Panteón. La segunda partida también está ganada. No ha tenido necesidad de disparar contra los patriotas. No ha hecho más que obedecer. El odio del pueblo recaerá sobre el Directorio y no sobre él. Además, hoy es el héroe de los amigos del orden. Ha cumplido puntualmente su misión, obrando de una manera fulminante. Aquellos que le gritaban «anarquista» se mordearán la lengua. No, él no está con los partidos, está con la Nación. Sabe que mañana toda Francia lo recibirá con sus exclamaciones. Que mañana griten: ¡Viva Napoleón Bonaparte!».

2. ITALIA, MI VENTURA

En 1796 Francia necesitaba a Italia como segundo frente que coadyuvase a la consecución del triunfo en el entonces escenario principal, a saber, el de la frontera del Rin, con el objetivo último de ocupar la capital de su principal enemigo: Viena. Y en 1796 Napoleón necesitaba a Italia para acrecer fama, prestigio y poder, un poder basado en victorias decisivas. Ya no se trataba de liberar una ciudad o de aplacar insurrecciones: ahora se trataría de

vencer en grandes campañas como Alejandro, Aníbal o César. Estas batallas iban a ser los peldaños que le llevarían a ocupar su destino: no sólo el trono de una Francia nueva, sino la corona imperial.

Empero, el nuevo General en Jefe del Ejército de Italia no fue bien recibido por las tropas, más curtidas y fogueadas que veían en él un «oportunista» protegido por los políticos. Gracias a otra de sus virtudes –la intuición–, el joven general se dispuso a lanzar una de las más enervantes y eficaces arengas de su vida: «Soldados: Estáis desnudos y mal alimentados; el Gobierno os debe mucho y no puede daros nada. La paciencia y el valor de que habéis dado prueba entre estos peñascos son dignos de admiración, pero no os dan gloria ninguna... Os conduzco a la llanura más fértil del mundo: ricas provincias, grandes ciudades caerán en vuestro poder; allí encontraréis honra, fama y riqueza. Soldados de Italia: ¿os faltará valor y perseverancia?» El ejército francés en la región, cansado y mal abastecido, se crece y confía en este hombre que va siempre a la cabeza de sus soldados.

Las victorias de Lodi, Rívoli y Arcola (en cuyo puente se puso al frente de sus tropas en el momento crítico) son los triunfos que adornaron pronto las enseñas de las tropas francesas, inferiores en número; eran los primeros nombres de una larguísima y fulgurante lista de batallas ganadas por ese tal Bonaparte, pronto sencillamente Napoleón, «N». El gran novelista Stendhal (Henri Beyle), antiguo suboficial de dragones y ferviente defensor del emperador incluso cuando todos lo abandonaron, refleja con orgullo pero mucha fidelidad el espíritu de las tropas que acompañaron a Napoleón en la campaña de Italia en su memorable *La cartuja de Parma*. Extracto del capítulo primero:

«El 15 de mayo de 1796 el general Bonaparte entró solemnemente en Milán al frente del joven ejército que acababa de cruzar el puente de Lodi y de mostrar al mundo que, al cabo de los siglos, César y Alejandro tenían un sucesor. Los prodigios de valor y talento que Italia presenció en unos meses despertaron a un pueblo dormido. Hasta tan sólo ocho días antes de la llegada de los franceses, los habitantes de Milán los veían como una cuadrilla de forajidos, acostumbrados a huir siempre [...]. Aquel 15 de mayo de 1796, todo un pueblo cayó en la cuenta de que lo que había respetado hasta entonces era soberanamente ridículo e incluso aborrecible. La retirada del último regimiento austriaco marcó la quiebra de las viejas ideas: se puso de moda arriesgar la vida; y se entendió de súbito que, para ser feliz tras tantos siglos de sensaciones enervantes, había que amar a la patria con un amor real y acometer hazañas heroicas.»



Stendhal, en el cuadro luciendo la Legión de Honor, escribió una semblanza sobre su admirado *Napoleón*, recientemente reeditada por Penguin

[Tres días después de la entrada de los franceses] en las calles de Milán se fijaba un bando que anunciaba la exigencia de seis millones en concepto de contribución de guerra, para hacer frente a las necesidades del ejército francés; un ejército que acababa de ganar seis batallas y de conquistar veinte provincias, pero que andaba mal de botas, de pantalones, de casacas y de sombreros. Aun así, la oleada de felicidad y satisfacción que se había extendido por Lombardía con la llegada de aquellos franceses tan pobretones era tal, que sólo los curas y algunos nobles advirtieron cuán gravosa era aquella contribución... Los soldados franceses se pasaban el día riendo y cantando; tenían menos de veinticinco años; hasta el punto de que se decía que su general en jefe, que contaba tan sólo veintisiete, era el hombre más maduro de su ejército. [...]

A cierto teniente apellidado Robert, por ejemplo, se le dio orden de alojamiento en el palacio de la marquesa del Dongo. Tras el paso del puente de Lodi, el oficial le quitó a un gallardo oficial austriaco muerto de un balazo unos magníficos pantalones de mahón, completamente nuevos, que le sentaban como jamás ningunos otros antes. Sus hombreras de teniente eran de lana, y llevaba el paño de la casaca cosido al dobladillo de las mangas para que los pedazos aguantaran. Y algo más triste aún: las suelas de sus botas eran trozos de un sombrero que había encontrado también en el campo de batalla más allá del puente de Lodi.»

3. ¡CUARENTA SIGLOS OS CONTEMPLAN!

Y de súbito, Egipto: el sueño oriental... ¿Cómo la novísima república, aun vencedora y en vías de una consolidación definitiva, osaba embarcarse en tal empresa? De nuevo la respuesta está en Napoleón. Cuando el Directorio encargó al general victorioso de Italia doblegar a Inglaterra (país que ya le denomina despectivamente «Boney»), éste elevó un informe diciendo que con la desigualdad de flotas a favor de Gran Bretaña, era imposible llevar a cabo una acción con mínimas garantías de éxito, proponiendo un plan alternativo o indirecto: un ataque sobre Egipto que amenazara hasta prohibir el comercio de Albión con la India.

Esta aventura permitiría además realizar una alianza con Turquía, cayendo el Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente en la órbita francesa. Sólo un requisito: el secreto y el factor sorpresa eran fundamentales en esta operación, única forma de soslayar la supremacía naval británica. Así, la primavera de 1798 vio partir una poderosa armada francesa de 500 embarcaciones y 40 000 soldados y marineros rumbo al país del Nilo. Con ellos iba una comisión de

sabios en todas las materias de la Ciencia. De hecho, esta expedición iba a ver el inicio de una nueva y apasionante rama del conocimiento: la Egiptología. El genio militar, el codificador legal, el reformador político, quería unir a todas sus glorias los frutos dorados del Saber... Definitivamente, su concepción de la vida y del poder era total y Napoleón se veía como Alejandro Magno camino de la India.

Así vio el divulgador científico alemán C.W. Ceram para su clásico *Dioses, tumbas y sabios*, (Capítulo del Libro de las Pirámides), el descubrimiento que abría una nueva era de los estudios históricos y arqueológicos:

«El 2 de julio, Napoleón pisaba suelo egipcio y, después de una marcha terrible a través del desierto, sus soldados se bañaban en las aguas del Nilo. Y el 21 de julio, en un crepúsculo matutino, surgía ante ellos El Cairo, presentándoseles como una visión de los cuentos de «Las Mil y Una Noches»... Al lado de todo aquel mundo espléndido, voluptuoso y hechicero del islamismo se erguían, de la sequedad del desierto amarillo y frente a la muralla gris-violácea de las montañas de Mokatam, los perfiles de aquellas construcciones gigantescas, frías, enormes y severas de las pirámides de Gizeh, una geometría en piedra, mudos y eternos testigos de un mundo que dejó de existir cuando el islamismo aún no había nacido.

Los soldados no tenían tiempo para entregarse al asombro y la admiración. Allí se encontraba un pasado desaparecido. El Cairo era el porvenir brillante, pero ante ellos estaba el presente guerrero: el ejército de los mame-lucos, formado por diez mil jinetes con una capacidad de maniobra y ejercicio admirable, montados en magníficos caballos que hacían brillantes escarceos, y al frente de ellos el flamante príncipe de Egipto, Murad, con veintitrés de sus beys, cabalgando en un caballo blanco como la nieve y tocado con un turbante verde cuajado de brillantes. Napoleón, hablando, señalaba a las pirámides, y no solamente era el jefe militar quien se dirigió a los soldados, sino el psicólogo a la masa, el hombre occidental que se enfrentaba con la Historia universal. Entonces fue cuando pronunció la famosa frase: «¡Soldados! Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!» [...]

En realidad el que hizo el hallazgo fue un humilde soldado cuando su pico tocó la piedra... Simplemente quedó fascinado por el aspecto de tal losa, completamente cubierta de signos misteriosos. Lo cierto es que huyó dando alaridos, como un ingenuo que teme caer bajo el hechizo de lo mágico. La piedra que tan insospechadamente surgía de las ruinas de la fortaleza, tan grande como el tablero de una mesa, era de grano fino, duro, de basalto negro, y por un lado estaba pulida. Presentaba tres series de inscripciones, en parte raídas por el tiempo, borradas por el roce de la fina arena que durante dos milenios había ido pasando



por ella. Y de estas inscripciones, la primera, en catorce líneas, era jeroglífica; la segunda, de veintidós, demótica⁴, y la tercera de cincuenta y cuatro, griega.

¡Griega! Entonces era posible leerla. Era posible comprenderla. Era posible... En un viaje a París, ante la misteriosa piedra de Roseta, con sus fascinadoras inscripciones, el joven Champollion, alumno de la Academia de Grenoble, exclama:

– ¡Yo descifraré los jeroglíficos!

Muerto cuando más podía aportar a la joven ciencia de la egiptología, Champollion había cumplido su promesa, revelando el secreto de la escritura egipcia. Ahora ya podían empezar su tarea el pico y la azada...».

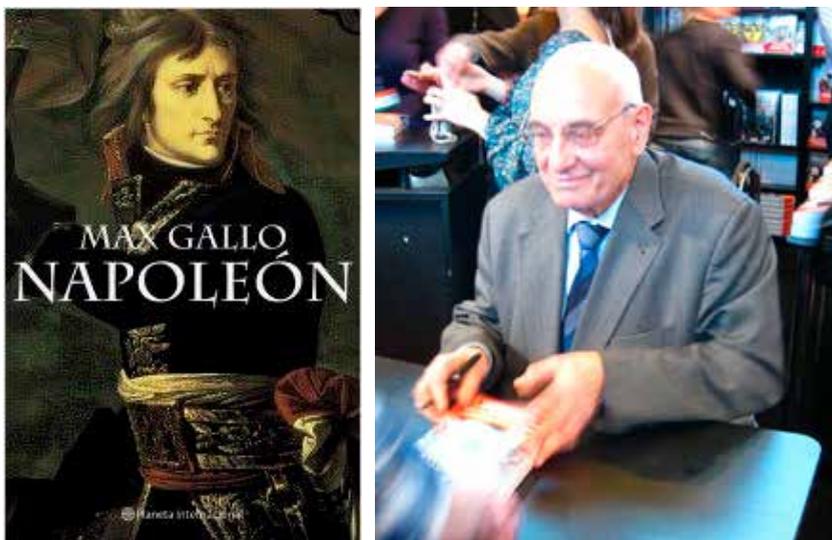
4. EL PESO DE UNA CORONA

Para Sieyes, «Bonaparte lo es todo, lo sabe todo, lo hace todo», por lo que el día 18 de Brumario de 1799 Napoleón completaba su recorrido político hasta la toma total del poder dando un golpe de estado que ponía fin efectivo al Directorio, proclamándose Primer Cónsul.

Después, reforzado por nuevos éxitos militares (campana de Italia de 1800), por fin se iba a decidir a dar el paso definitivo: «La vida de un ciudadano pertenece a su patria; el pueblo francés quiere que le consagre la mía... Obedezco su voluntad», y Bonaparte se autoproclamó emperador: por fin, ya era sólo Napoleón, fundador de una dinastía propia nacida del pueblo. Las coronas de Europa, impotentes, rabiaban de indignación, y el Papa cedía para asistir a la ceremonia de coronación del *Empereur* en Notre Dame el día 2 de diciembre de 1804. Meses más tarde, en la catedral de Milán, Napoleón se autoproclamaba también como Rey de Italia con la corona de hierro: ya era digno heredero de Carlomagno.

Y mientras desplegabá esta actividad frenética, como impulsado por un resorte vital, como apremiado por un tiempo que en el fondo de su alma intuía se le iba de las manos con la rapidez del rayo, Bonaparte seguía venciendo en los campos de Marte de toda Europa, derrotando coalición tras coalición a sus enemigos, tan numerosos como incapaces de contenerle. Los nombres de la gloria continuaban adornando las banderas y águilas de su carísimo ejército, con los laureles más reverdecidos que nunca: es su mejor momento: Marengo, Ulm, Austerlitz, Jena-Auerstadt, Friedland, Wagram...

⁴ En Egipto se emplearon, al menos, tres formas de escritura: la jeroglífica, la hierática (una simplificación de la primera) y la demótica, a su vez abreviatura de la segunda y más popular, de ahí su nombre.



El *Napoleón* de Max Gallo editado en España por Planeta. Al lado, el escritor y académico francés poco antes de su muerte en 2017

En su novela histórica *Napoleón* Max Gallo describe el momento de la coronación con su prosa siempre certera (del capítulo *¿Qué es la palabra emperador? ¡Una palabra como otra!*):

«La mañana del 2 de diciembre de 1804 se deja vestir por Rustam⁵ y Constant. Su traje de terciopelo rojo y blanco bordado de oro reluce de piedras preciosas. Luego entra en el apartamento de Josefina. Está bella y joven. Se dirigen hacia la carroza, tirada por ocho caballos empenachados. Los pajes esperan para subir detrás del asiento del cochero. Luis y José ocupan su lugar frente a Napoleón y Josefina, y el cortejo compuesto de veinticinco coches se pone en marcha.

Al entrar en la catedral, Napoleón se siente aterido por el frío, que le paraliza la nuca. Ve a los dos lados de la nave central y del trono a los invitados dispuestos en hileras sobre las tribunas. Recuerda entonces las figurillas que Isabel había colocado sobre la maqueta de Notre-Dame en los ensayos previos; también a David, pintor al que encargó fijar la escena para la historia, en un cuadro que hable a la imaginación, que sea la representación idealizada del suceso. La expresión de Napoleón se ensombrece de pronto: su señora madre figurará en el cuadro a pesar de haberse negado a asistir a

⁵ Rustam, de las tropas mamelucas, fue el fiel ayudante de Napoleón desde la campaña de Egipto.

la ceremonia (esa ausencia le duele; es la prueba de la imposibilidad de que los seres, aunque sean los más cercanos, se acomoden a su deseo de hacerlos participar en todos su proyectos. Y esa idea lo irrita). [...] El papa se aproxima y lo abraza:

– Vivat Imperator in aeternum –dice–.

Napoleón, sin arrodillarse, se corona y después corona a Josefina mientras el papa contempla la escena... Soy yo, sólo yo, el actor de la coronación. Napoleón se inclina hacia su hermano mayor.

– José –susurra–, si nuestro padre nos viera...

A continuación, una vez celebrada la misa, suenan las salvas de artillería, y miles de globos se elevan sobre la plaza de la Concordia. Al anochecer, los fuegos artificiales iluminan el cielo negro en el horizonte. Es la fiesta popular, pero Napoleón está trabajando. Aún inmerso en los festejos, tiene que pensar en la guerra general que se avecina. El día 5 de diciembre, bajo una intensa lluvia, se presenta en el Campo de Marte para la distribución de las águilas, sabiendo que las tropas que desfilan ante él entre el barro y la nieve y con frío marcharán pronto bajo la metralla.»

5. EL SOL DE AUSTERLITZ

Llegado es el momento de ofrecer al lector un resumen de las guerras revolucionarias y napoleónicas para enmarcar todo este trabajo, especialmente a partir de ahora en que la gran guerra europea que se vivirá bajo su mandato se irá recrudesciendo año tras año⁶.

- Guerras revolucionarias. Coincidentes con las diferentes formas de gobierno adoptadas en Francia durante esta época: la Convención, el Directorio y el Consulado.
- Primera Coalición (1792-1797): diferentes monarquías conforman la primera de siete alianzas para evitar el corrimiento de las ideas subversivas por Europa y, después, contener a Napoleón. Aunque cambiantes, normalmente fueron lideradas por Austria, Prusia y Rusia, con Gran Bretaña como único país presente en todas ellas.

⁶ Una de las mejores obras histórico-militares sobre el periodo sigue siendo el clásico de David Chandler, *Las campañas de Napoleón. Un emperador en el campo de batalla*, La esfera de los libros, Madrid. Para la Guerra de la Independencia española, obviamente las monografías coordinadas por el coronel Priego para el entonces Servicio Histórico Militar (Editorial San Martín, varios volúmenes y años). Y para Trafalgar, *La campaña de Trafalgar*, del académico Hugo O'Donnell (La esfera de los libros, Madrid, reed. 2019).

- Segunda Coalición (1798-1802): la nueva y pujante república francesa no sólo contiene a estas dos primeras coaliciones, sino que se anexiona países como Bélgica, crea repúblicas títere como la Bátava (Holanda), emprende acciones ofensivas sobre el Rin e Italia y lanza la exótica expedición a Egipto.
- Guerras del I Imperio. Tras el golpe de estado de Brumario, Napoleón se proclama sucesivamente Primer Cónsul, Cónsul Vitalicio y, finalizando 1804, Emperador de los Franceses.
 - Tercera Coalición (1805): en tierra, momento de máximo esplendor gracias al decisivo triunfo en la campaña de Ulm-Austerlitz y la ocupación de Viena. En mar, Nelson bate a la armada combinada hispano-francesa en Trafalgar en un triunfo igual de contundente pero a la larga mucho más trascendental.
 - Cuarta Coalición (1806-1807): batalla de Jena-Auerstädt; Prusia derrotada, Napoleón en Berlín.
 - Quinta Coalición (1809): con la guerra extendida a la Península Ibérica, el imperio empieza a dar tropiezos, no obstante lo cual se alza con el éxito ante los austríacos en Wagram.
 - Sexta Coalición (1812-1814): Napoleón invade Rusia, obtiene una victoria más que dudosa en Borodino, entra en un Moscú abandonado... y emprende una sangrienta retirada que destruye a su gran ejército. Una derrota completada con el triunfo aliado en la batalla de Leipzig o de las Naciones.
 - Séptima Coalición (1815): gobierno de los Cien Días. Napoleón, desterrado en la isla de Elba, retorna a Francia, retoma el poder político y organiza una campaña que terminará con su caída definitiva en la batalla de Waterloo.
- Guerra y revolución en España (1808-1813). España y Portugal, siempre diferentes, siempre geográfica y hasta culturalmente ex-céntricas con respecto al resto del continente, se constituyen en la «úlcerasangrante» del imperio francés. El ejército del general Castaños derrota por vez primera en campo raso a un mariscal de Napoleón en Bailén, despertando la conciencia de los pueblos europeos. Las guerrillas se alzan por doquier y un cuerpo expedicionario británico refuerza este inesperado y a la postre fatal frente para los planes de Bonaparte.

André Malraux, primero escritor revolucionario, luego combatiente fugaz como aviador en la Guerra Civil española, finalmente ministro de De Gaulle y Premio Goncourt, realizó una meritoria y muy sugestiva

Vida de Napoleón contada por él mismo. Estas serían según el gran autor las reflexiones del emperador, probablemente extractadas de notas auténticas⁷:

«El arte de la guerra consiste en tener, con un ejército inferior, más fuerzas que el enemigo en el punto en el que se le ataca o en el punto en que es atacado; pero este arte no se aprende ni en los libros ni con la costumbre; es un tacto en la conducta que constituye el genio de la guerra. La guerra sólo se aprende yendo hacia donde están los disparos. El arte de la guerra, en fin, es el arte de aumentar las posibilidades para uno.

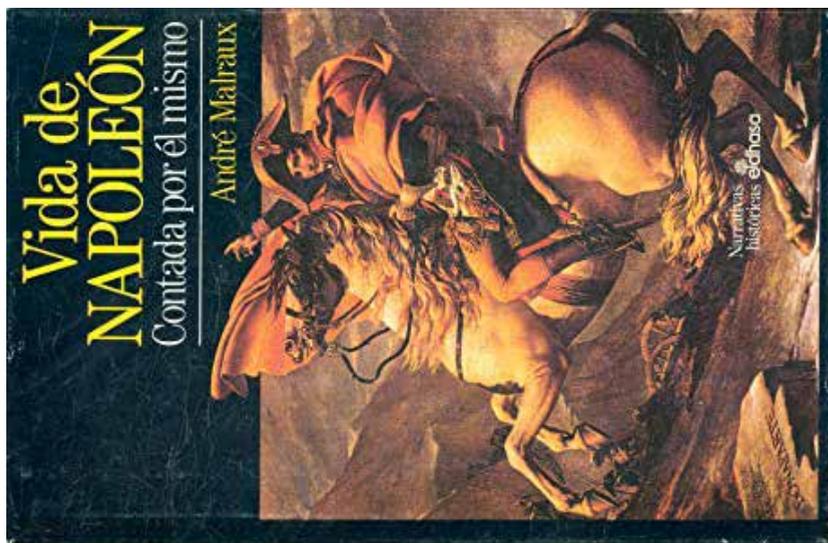
La fuerza de un ejército, igual que la cantidad de movimiento en mecánica, se calcula por la masa multiplicada por la velocidad. Una batalla es una acción dramática que tiene su comienzo, su nudo y su desenlace. La suerte de una batalla es el resultado de un instante, de una idea. Cuando queráis librar una batalla, aunad todas vuestras fuerzas sin olvidar ninguna; a veces un batallón decide una jornada.

La guerra debe aprovechar todas las ocasiones... De poco vale vencer, es necesario aprovechar el éxito... Un soldado francés debe ser jinete, artillero, soldado de infantería; está allí para hacer de todo. Saber alimentar a vuestro ejército y conseguir del país donde te encuentres recursos de toda especie: esto es una parte importante del arte de la guerra.

La presencia del general es indispensable: es la cabeza, es el todo de un ejército: no fue el ejército romano el que sometió la Galia, sino César; no era un ejército cartaginés el que hacía temblar a los romanos, era Anibal; no era el ejército macedonio el que llegó al Indus, sino Alejandro; no fue el ejército francés el que llevó la guerra al Weser y al Inn, sino Turenne; no fue el ejército prusiano el que defendió durante siete años Prusia contra las tres mayores potencias de Europa, fue Federico el Grande...

Ser Emperador es cualidad ridícula en la guerra: hay que ser soldado, y después soldado, y aun soldado: hay que vivaquear en la vanguardia, montar a caballo noche y día, marchar con la vanguardia para tener noticias o bien quedarse en el serrallo. En la guerra los hombres no son nada: sólo un hombre lo es todo. Creo que un general malo es mejor que dos buenos. La unidad de mando es lo más importante en la guerra. No hay bastante con dar órdenes, es preciso hacerse obedecer. Una orden debe ser ejecutada; cuando no es ejecutada, hay un crimen y el culpable debe ser castigado.

⁷ En 2015, el investigador Bruno Colson hizo un curioso y esclarecedor trabajo; tomando prestado el título de Clausewitz, *On War (De la guerra)*, y siguiendo el esquema de la inmortal obra del alemán, fue completando los epígrafes con citas reales del emperador extraídas de su correspondencia, notas, memorias y testamento (Oxford University Press, hay versión en castellano).



Vida de Napoleón contada por él mismo, quizá sea una de las mejores obras sobre el corso, junto a su polémico autor, André Malraux, aviador de la República durante la Guerra Civil Española

Reunión de fuerzas, actividad y firme resolución de perecer con gloria; éstos son los tres grandes principios de un arte militar que me ha vuelto la fortuna favorable en todas mis operaciones. [...]

La primera vez que lleguéis al campo, haced formar a los batallones, y entrevistad durante ocho horas seguidas a los soldados uno por uno; recibid sus quejas, revistad sus armas y aseguraos de que no les falte de nada. Es muy conveniente pasar estas revistas de siete a ocho, así los soldados se acostumbran a estar armados y tienen la prueba de que su jefe no se libra a la disipación y se ocupa totalmente de ellos; esto es un gran motivo de confianza para los soldados... La muerte no es nada; pero vivir vencido y sin gloria es morir cada día.»

Después, Malraux, elevando su prosa a cotas sublimes y en buena jerga literaria castrense, describe así el gozo del emperador en Austerlitz:

(Entrando en su vivaque, que consistía en una mala cabaña de paja sin techo que le habían levantado los granaderos): «Ésta es la velada más bella de mi vida, pero me sabe mal pensar que perderé un buen número de estos valientes; son realmente mis hijos».

Soldados, estoy contento de vosotros. En la jornada de Austerlitz habéis justificado todo lo que esperaba de vuestra intrepidez; habéis decorado vuestras águilas con una gloria inmortal. Un ejército de 100.000 hombres, dirigido por los emperadores de Rusia y de Austria, ha sido cortado o dispersado en menos de cuatro horas. Lo que ha escapado de vuestro fuego se ha hundido en los lagos con el Sol de la Victoria. Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artillería, veinte generales, más de 30.000 prisioneros, son el resultado de este día célebre por siempre jamás. Esta infantería tan alabada, y en número superior, no pudo resistir vuestro choque, y ahora ya no tenéis rivales que temer.

Soldados, cuando hayamos cumplido todo lo necesario para asegurar la felicidad y la prosperidad de nuestra patria, os devolveré a Francia; allí seréis el objeto de mis más tiernas solicitudes. Mi pueblo os recibirá con alegría, y sólo habréis de decir: «Yo estuve en la batalla de Austerlitz», para que respondan: «¡He aquí un valiente!».

La batalla de Austerlitz es la más bella de todas las que he dado. He librado treinta batallas como ésta, pero ninguna donde la victoria estuviera tan decidida y el destino tan poco equilibrado. La guardia de a pie no pudo entrar en batalla; lloraban de rabia.

Decreto: Todos los años, en los aniversarios de las batallas de Austerlitz y Jena, se dará un concierto precedido por un discurso sobre las virtudes necesarias a un soldado, y de un elogio a los que cayeron. Se abrirá un concurso para premiar la mejor oda y la mejor pieza de música referentes a las circunstancias. En los discursos y las odas está expresamente prohibido hacer mención del Emperador.»

6. UN LUGAR LLAMADO BAILÉN

La maldición del mar azul esbozada por el almirante Thayer Mahan parece quedar confirmada en cada guerra, al menos en aquellas que se prolongan en el tiempo: siempre que una potencia continental se enfrenta a una potencia marítima, acaba ganando ésta última⁸, máxima cada vez más cierta desde los tiempos de la Revolución Industrial. Porque si 1805 es el año que vio la cúspide de las victorias napoleónicas en el campo de batalla, con el insuperable triunfo de Austerlitz, también es el año que contempló el mayor éxito naval de la Historia: el que obtuvo ese napoleón del mar llamado Nelson contra una escuadra franco-española en aguas de Cádiz. Y si todavía quedaban muchos años de gloria para las águilas bonapartistas, lo cierto es que la derrota de Trafalgar marcó irremisiblemente el inicio del fin del sueño imperial. Napoleón lo sabía: sin batir o neutralizar de alguna manera a la Armada británica, todo éxito en tierra acabaría siendo estéril, pues Albión seguiría con sus líneas comerciales abiertas y con la posibilidad de golpear en cualquier momento, en cualquier lugar.

Pero Napoleón, llevado por una audacia que cada vez tenía más rasgos de ambición sin límites, concibió entonces su más descabellado plan: ponerle puertas al mar, cerrándole el tráfico marítimo a los ingleses con el continente por bloqueo de los principales puertos europeos. Titánica misión que le ha de llevar a Portugal... y a su primer gran fiasco: la invasión de España («Es la guerra de España la que me ha perdido», le confesará años más tarde a su fiel Las Cases para su memorial). Bonaparte aquí cometió el craso error de juzgar al pueblo por sus gobernantes junto al de no considerar al ejército español como amenaza. Olvidaba la energía de los españoles, que se lanzarán a la guerrilla, y olvidaba la capacidad del General No Importa, esos oficiales españoles que, a pesar de ser derrotados, levantaban nuevos ejércitos y volvían una y otra vez al combate.

Y llegó la gran conmoción del 19 de julio de 1808: un ejército de regulares, garrocheros y voluntarios, en un lugar de Andalucía llamado Bailén, venció por ver primera en campo abierto a las águilas de Napoleón, capturando a más de 22.000 soldados franceses en una victoria que realmente sacudió Europa, despertando las conciencias nacionales de sus países y demostrando al mundo que Bonaparte no era invencible... «General, aquí os entrego mi espada vencedora en cien combates», dijo el derrotado general Dupont, a lo que Castaños contestó con genialidad: «Pues yo es el primero

⁸ MAHAN, Thayer: *The Influence of Sea Power Upon History*. Presidium, 1987.

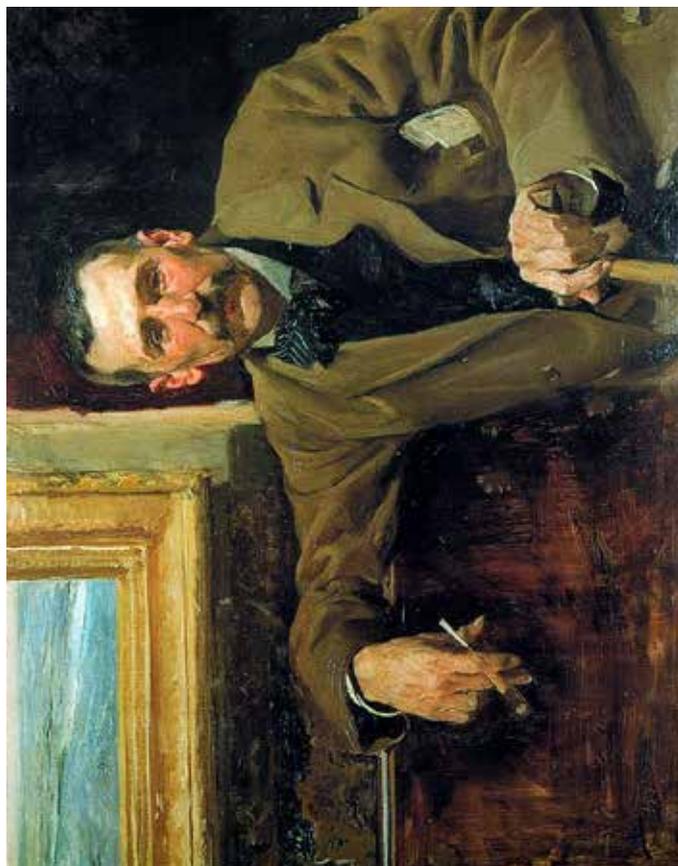
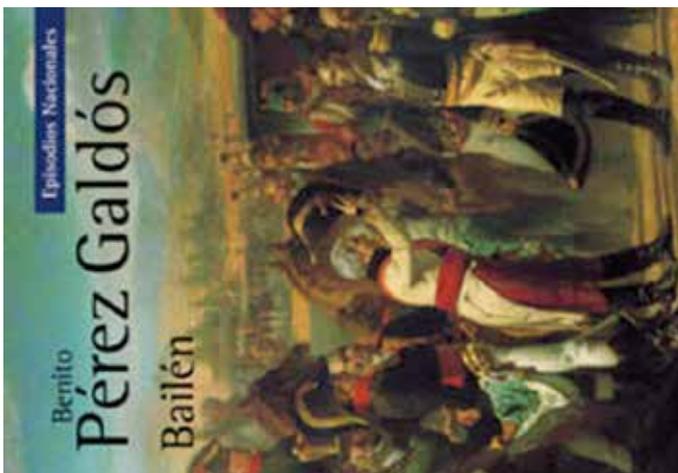
que gana». Nadie mejor que otro genio, Benito Pérez Galdós, para resumir lo que allí ocurrió (fragmentos de *Bailén*, entrega número 4 de la primera serie de los *Episodios Nacionales*):

«Vino la noche. Los franceses, muertos de fatiga y de hambre en su campamento, aguardaban con anhelo a que la capitulación estuviese firmada. [...] La capitulación iba despaciosamente, porque los parlamentarios se habían juntado en Andujar; residencia del general en jefe, y en Bailén no teníamos noticia de lo que allí pasaba. Temiendo que los enemigos intentaran escaparse, nuestros generales tomaron acertadas precauciones, y la artillería ocupó, mecha encendida, los puestos convenientes. Al mismo tiempo millares de paisanos, discurriendo por cerros y alturas, hostigaban de tal modo a los franceses, que no les era posible moverse. Esta vigilancia permitía descansar a una parte del ejército [...]

Encontramos algunos cadáveres y doña María, con heroísmo sobrenatural, los examinaba cara a cara hasta convencerse de que su hijo no estaba allí. Sólo doña María conservaba una entereza heroica y casi bárbara, que hacía creer en la superioridad del temple moral de algunos linajes...

– Si Dios ha querido disponer de la vida de mi hijo, concédame al menos el consuelo de saber que ha muerto con honor... Ya sabes que te he prometido una recompensa si encuentras a mi hijo. Dios dispone de todo, y las glorias de la tierra son a veces trocadas en miseria, en tristeza, en nada, por su mano poderosa. Si mi hijo no aparece, ¿qué soy, qué me queda, qué resta a mi casa y a mi nombre? Dios habrá decidido que todo perezca, y que las grandezas de ayer sean hoy ruinas donde nos ocultemos para llorar. ¿La victoria se había de alcanzar sin desgracias? Napoleón es vencido en España, y ante la salvación de nuestro país, ¿qué significa una vida, por noble que sea?, ¿qué una familia, por grande que sea su lustre?...

Yo no vi el triste desfile de los ocho mil soldados de Dupont cuando entregaron sus armas ante el general Castaños, porque éste tuvo lugar en Andujar. [...] Por delante de nosotros desfilaron las tropas de Vedel, en número de nueve mil trescientos hombres, y dejando sus armas en pabellón, nos entregaron muchas águilas y cuarenta cañones. Les mirábamos y nos parecía imposible que aquéllos fueran los vencedores de Europa. Después de haber borrado la geografía del continente para hacer otra nueva, clavando sus banderas donde mejor les pareció, desbaratando imperios, y haciendo con tronos y reyes un juego de títeres, tropezaban en una piedra del camino de aquella remota Andalucía, tierra casi olvidada del mundo desde la expulsión del islamismo. Su caída hizo estremecer de gozosa esperanza a todas las naciones oprimidas. Ninguna victoria francesa resonó en Europa tanto como aquella



Trío de ases: el general Castaños acepta caballerosamente la rendición del francés, cubierta de una edición del *Bailén* de Pérez Galdós, a la derecha, retratado por Sorolla

derrota, que fue, sin disputa, el primer traspies del Imperio. Desde entonces caminó mucho, pero siempre cojeando. España, armándose toda y rechazando la invasión con la espada y con la tea, con la navaja, con las uñas y con los dientes, probaría, como dijo un francés, que los ejércitos sucumben, pero que las naciones son invencibles.

– ¡Cuánto siento que no esté aquí el señor de Santorcaz! –me dijo Marijuán, al ver pasar por delante de nosotros a aquellos hermosos soldados, medio muertos de fatiga y de vergüenza–. ¿Te acuerdas de las grandes bolas que nos contaba cuando veníamos por la Mancha, y nos refería las batallas ganadas por éstos contra todo el mundo?

– Lo que nos contaba Santorcaz –respondí– era pura verdad; pero esto que ahora vemos, amigo Marijuán..., verdad es también.»

7. LA ÚLCERA ESPAÑOLA: LOS GUERRILLEROS DE 1808

Como reconoció a posteriori Bonaparte, los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor durante los virulentos años de la Guerra de la Independencia. Así en Madrid el 2 de mayo de 1808 pero también en el resto de España, que, con un movimiento centrífugo espontáneo y rebosante de patriotismo, se rebeló en distintos actos contra la tiranía, formando Juntas del uno al otro rincón de la piel de toro y más allá: Oviedo, Aragón, Vascongadas, Andalucía, Cataluña, Extremadura, Valencia, las dos Castillas, también las Españas de Ultramar...

Hispania, Iberia, España, volvía a su guerra tradicional, a la guerra del pobre, a la guerra del pueblo, muy difícil de ser vencida por ejércitos convencionales. El guerrillero salía de una serranía de siglos para luchar sin piedad contra el invasor. No hay cuartel. No hay piedad. «Si esto debiera costarme 80.000 hombres, no lo haría; pero me bastará con 12.000: es cosa de niños», dijo el atrevido corso... Un tiempo después, más de 350.000 hombres de su gran ejército habrían de ser empeñados en la península para controlar una revuelta que no sabían cómo luchar, una guerra que era una úlcera que les desangraba hombre a hombre en una emboscada perdida por aquí, una refriega nocturna por allá, etc.

El pueblo, transformado en guerrillero, que a su vez acabará entreverado con el ejército, se liberará del yugo francés... renunciando a su propia revolución, que tanto necesitaba y que se vislumbraba en el último apéndice libre del país: Cádiz, donde brillaron las Españas por su resistencia y por su capacidad para redactar una Constitución cuando todo parecía perdido.

Pío Baroja, guerrillero de la pluma, ácrata en espíritu, describió con su prosa libérrima tipos de guerrilleros de la francesada. Lo hizo en *El escuadrón del Brigante*, novela de la serie *Aviraneta. Memorias de un hombre de acción*, todo un insuperable fresco histórico del XIX español:

«Los guerrilleros. Tipos del escuadrón

El campesino produce el guerrillero... Esta gente parecía haber nacido para la guerra de emboscadas... Me habían destinado a un escuadrón de pocas plazas, mandado por un ex mesonero, a quien llamaban Juan el Brigante. La historia del escuadrón se condensaba en la historia de su jefe, Juan Bustos. Al llegar la invasión francesa, Juan Bustos comenzó a discutir y a disputar con los soldados imperiales que pasaban por su venta acerca de la cuestión candente de quién era el verdadero rey de España. Poco a poco empezaron a motejarle de patriota, y como los franceses a todo el que se les manifestaba hostil le llamaban bandido, brigand, a Bustos le decían el Brigand. El pueblo, que lo coge todo en seguida, castellanizó la palabra: llamó a Bustos el Brigante, y a su casa la venta o el ventorro del Brigante.

Un día en que no estaba él entró en su casa un pelotón de franceses; mataron a su padre y violaron a su hermana. Juan Bustos, al llegar a su hogar y ver aquel cuadro, el padre muerto, la hermana gimiendo, salió como un león a buscar a los franceses; arrancó a uno el fusil, y, manejándolo como una maza, tendió a tres o cuatro, y luego, abriéndose paso por entre ellos, herido y lleno de sangre, se refugió en un pinar, donde se reunió con Merino. El cura era astuto; el Brigante, esforzado y audaz... Merino no quería tener mezclados los guerrilleros antiguos y los modernos, por el temor de las rivalidades y peleas, y como tampoco quería disgustar a los antiguos de su partida, formó tres escuadrones, dos de guerrilleros viejos y uno de los nuevos. Los dos de los viejos los mandaban el Jabalí de Arauzo y Juan el Brigante, que gozaban de cierta independencia; el moderno, más disciplinado y militar, tenía al frente al comandante Blanco. El comandante Blanco organizó las fuerzas de caballería. Era hombre inteligente, buen militar, de valor sereno, sin petulancia alguna y sin ambición. Probablemente por esto no prosperó.

El Tobalos era un hombre pequeño, acartonado, de unos cincuenta años, rubio, con esa tez del castellano que toma el color de la tierra. Su cara impasible no temblaba ni se estremecía jamás. Andaba siempre a caballo, por lo que tenía las piernas como dos paréntesis. Valiente era como el mismo diablo. Para una descubierta audaz, para una emboscada atrevida, ninguno como él. Era muy silencioso; el discutir, el hablar, eran cosas que le molestaban.

[También estaban] un curita joven que se decía Juanito Biones, mozo terne, bravío, de estos curas de bota y garrote, juerguistas y amigos de riñas... y el Mastaco, al que se le montaba en su macho, se le ponían los estribos muy cortos, y parecía un centauro. A pie causaba lástima, pero ya jinete, se tapaba las piernas con la manta y estaba arrogante.

Don Perfecto no parecía castellano, tenía un tipo de moro... Se creía el ser de más inteligencia del mundo. Como jinete, era una maravilla; como tirador de armas y valiente, no había otro. Varias veces nos dijo que Napoleón ya sabía quién era él y que le temía. Al oírlo el Brigante, que era burlón, nos dijo que debíamos escribir una carta firmada por Napoleón Bonaparte, diciéndole que estaba enterado de que era su gran enemigo, pero que a pesar de esto le apreciaba y le admiraba. Cuando la recibió, don Perfecto estuvo serio más de una semana; nosotros creíamos que habría notado la broma; pero no era esto, sino que estaba preocupado buscando los términos de la carta que tenía que contestar a Napoleón...

Entre ellos, los romances del Cid, de la infantina y de los infantes de Lara producían gran entusiasmo. Aquellos campesinos no sentían el tiempo interpuesto entre estas viejas historias y la época nuestra, y para ellos, el Cid, el conde Lozano, Mudarra y Diego Láinez eran casi contemporáneos suyos, hombres que tenían iguales pasiones e idéntica manera de sentir. Eran de esos tipos que España sólo produce, y que no produce bastantes para su gloria...

Los primeros combates

Las primeras salidas fueron para los guerrilleros bisoños de gran emoción; el toque de diana nos llenaba de inquietud; creíamos encontrar al enemigo en todas partes y a todas horas, y pasábamos alternativamente y con rapidez del miedo a la tranquilidad.

Esta primera hora de la mañana en que se comienzan los preparativos de marcha, aun en el hombre de nervios fuertes, produce al principio emoción.

Van viniendo los caballos de aquí y de allá; se oyen voces, gritos, relinchos, sonidos de corneta; las cantineras arreglan sus cacharros en las alforjas, los acemileros aparejan sus mulas, el cirujano y sus ayudantes preparan el botiquín, y poco a poco esta masa confusa de hombres, de caballos, de mulas y de carros se convierte en una columna que marcha en orden y que evoluciona con exactitud a la voz de mando.

Pronto comenzamos a acostumbrarnos y a gustar de aquella vida. La guerra en la montaña tiene, indudablemente, grandes encantos... Todo el país nos ayudaba.

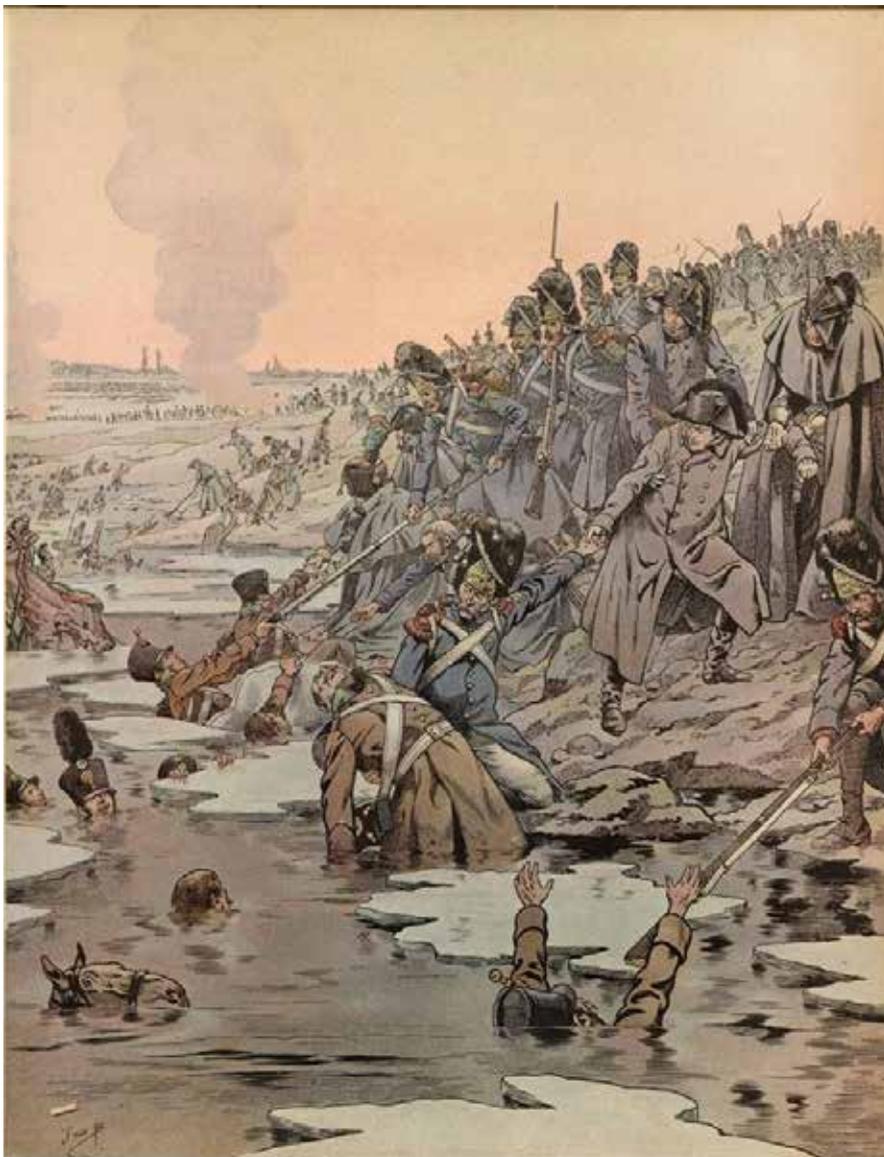
...Nuestro escuadrón fue de prisa a rodear y salir de nuevo al encuentro de los franceses.»

8. LA ATROZ RETIRADA

Y tras el craso inmenso error de España, el crasísimo inmenso y definitivo error ruso... Rusia... Esa tierra hostil para el extranjero; ese pueblo tenaz y sufrido, tremendo enemigo cuando se le solivianta; ese clima inconcebible para el que allí no vive... Un ataúd sin fin, una tumba helada, una gélida trampa donde todo invasor entra con facilidad pero del que nunca puede salir bien librado. Eso es Rusia; esto, al igual que en España, es lo que no supo comprender el emperador. No es de extrañar que tres potencias excéntricas –Reino Unido, España, Rusia– fueran las claves de la victoria sobre la Francia napoleónica.

En junio de 1812, Napoleón ha movilizado más de 650.000 hombres con que batir al Zar Alejandro I de Rusia, con quien ha mantenido una extraña relación de amorodio desde tiempo atrás. Es un ejército que sus enemigos denominaron de las 20 naciones, pues Bonaparte –consciente del esfuerzo titánico que iba a tener que realizar– necesitó movilizar, amén de soldados franceses, tropas de otras muchas nacionalidades afines o en la órbita de influencia gala: holandeses, suizos, ilirios, croatas, polacos, prusianos... incluso españoles, los restos de la expedición del Marqués de la Romana. Este nuevo gran ejército napoleónico se fue, así, adentrando poco a poco en Rusia, cosechando aparentes éxitos y alcanzando las sucesivas líneas previstas por el plan de campaña metódicamente diseñado por Napoleón y su Estado Mayor...

Pero esto fue sólo un espejismo. Su enemigo estaba dispuesto a luchar hasta la Siberia, haciendo todo sacrificio que fuera necesario: tierra quemada, ciudades abandonadas, incluso la capital dejada a su suerte. El tiempo, el espacio y el «general invierno». Las batallas de Smolensko y Borodino (en especial ésta última, durísima, de la que la Grande Armée no se recuperaría jamás) y la fantasmagórica entrada en Moscú, que pronto iba a arder reducido a cenizas, causaron honda impresión en Napoleón, quien tomó al fin conciencia del error que había cometido. Retirada. ¡Retirada! El ejército francés se retiraba... Y Kutusof, general en jefe ruso, le dejará replegarse sin buscarle a campo abierto, donde cualquier enfrentamiento con el francés todavía podía ser peligroso, limitándose a hostigarle con acciones esporádicas, subversivas, de sabotaje, convirtiendo esa retirada en pleno invierno en un auténtico calvario. Si España era una úlcera sangrante, esta retirada iba a ser una herida abierta manando sangre a chorros. Cuando los restos de la flamante Grande Armée de más de 600.000 hombres lleguen a Prusia al final de la escapada atroz, apenas contará con un puñado de hombres útiles y sanos capaces de sostener un arma.



León Tolstoi, descendiente de una familia noble que combatió a Napoleón y él mismo soldado en la Guerra de Crimea, trataba en extenso todas estas peripecias en su inmortal *Guerra y Paz*. Extractos de la Tercera Parte, «Borodino; Los franceses en Moscú»:

«Con los uniformes estropeados, los rostros demacrados y reducidos a la tercera parte de su activo, los franceses entraron con orden en Moscú. Pero cuando se internaron en las casas desiertas, los soldados cesaron de serlo para convertirse en merodeadores. Al marcharse de Moscú, cinco semanas después, llevábanse consigo una multitud de objetos que consideraban indispensables o preciosos, [quedando] tanto más expuestos a perecer al operar su retirada por cuanto arrastraban tras de sí un botín inmenso... Los oficiales no se diferenciaban de los soldados. Había de aquellos hombres por todas partes, en las tiendas, en las calles; pero el verdadero militar no aparecía ni aquí ni allá. [...]

Los franceses atribuyeron el incendio de Moscú al patriotismo feroz de Rostopchine; los rusos al salvajismo de los franceses; pero, en realidad, ni unos ni otros son responsables; las condiciones en que se hallaba la ciudad fueron la sola causa. Si es cierto que Moscú fue incendiado por sus últimos habitantes, incontestable es también que lo fue no por los que habían quedado, sino por el hecho de haber marchado los demás. Moscú no fue respetado por el enemigo como Berlín y como Viena, porque sus habitantes no recibieron a los franceses con el pan y la sal y dándoles las llaves de la población, sino que prefirieron abandonarla a su triste suerte.

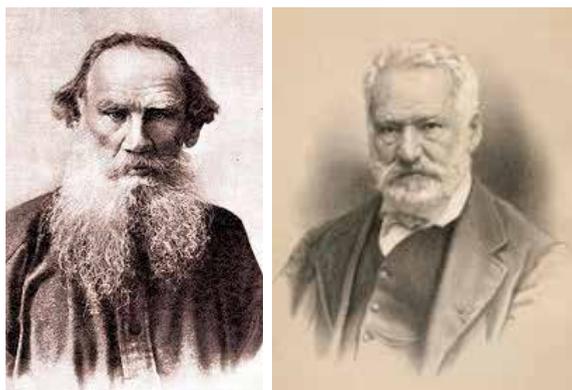
[La retirada]

Cuando Kutuzof recibió aquella noticia [el abandono de Moscú por parte de Napoleón y el inicio de su retirada], deteniendo con un gesto al encargado de comunicársela, quien iba a extenderse en detalles, intentó pronunciar algunas palabras; su rostro se contrajo, y volviéndose hacia el lado opuesto, hacia el rincón de la cabaña donde estaban las imágenes:

– ¡Señor Dios, Creador mío! ¡Tú escuchaste mi ruego!... –exclamó con voz temblorosa.– ¡Y Rusia está salvada!

A partir de aquel momento y hasta la conclusión de la campaña. Kutuzof empleó todos los medios que estaban en su poder para impedir, o por autoridad, o por ardides, o por súplicas, que sus tropas tomaran la ofensiva y fenecieran en encuentros inútiles con un enemigo cuya pérdida era segura, [prefiriendo] la guerra de acciones individuales de las guerras nacionales, es decir, las que en lugar de reunirse en número, los hombres se dividen en pequeños destacamentos, atacan súbitamente y de improviso a fuerzas considerables, y se retiran para tomar después la ofensiva. Como lo hicieron las guerrillas en España...

A partir del 28 de octubre, cuando los fríos empezaron, la retirada de los franceses tomó un carácter más trágico. El número de hombres helados o calentándose hasta tostarse en las hogueras de los vivacs, aumentaba de día en día. La consecuencia debía corresponder matemáticamente a este principio: el ejército francés disminuía en igual proporción de Viazma a Smolnesk, de Smolensk al Beresina, y del Beresina al Vilna, independientemente de la intensidad del frío, de la persecución de los rusos, de los obstáculos imprevistos, o de cualquiera otra circunstancia tomada aisladamente... Napoleón, aquel genio sin segundo, tampoco lo sabe. Sin embargo, su corte, y aun él mismo, continúan empleando la usual etiqueta al escribir las cartas, los despachos, las órdenes del día. Siguen llamándose: «Señor mío, príncipe de Eckmühl, rey de Nápoles...» Pero tanto los despachos como las órdenes del día eran cartas muertas. Nadie las ejecutaba, por inejecutables, y, no obstante los títulos pomposos de que hacían alarde, todos sentían que tenían mucho que reprocharse, y que el momento de la expiación había llegado. »



Dos genios indiscutibles de la literatura, Tolstoi y Víctor Hugo, dos formas de ver a Napoleón: *Guerra y Paz* y *Los miserables*

9. LUCHANDO POR SOBREVIVIR

Genio y figura... A pesar del fiasco ruso, Napoleón, y Francia, todavía tuvieron fuerzas para reorganizarse y reconstruir un ejército que se iba a enfrentar a una nueva coalición. El objetivo de Napoleón entonces era conservar sus dominios en Alemania, lo que le permitiría ganar tiempo y mantener un colchón de seguridad que librara a la patria de cualquier amenaza. Y con suerte, repetir alguna victoria decisiva como en el pasado que obligase

a sus rivales a firmar una paz negociada. Pero eran sus enemigos quienes ahora ya no sólo soñaban con contenerle, sino que pasaban abiertamente a la ofensiva. Querían devolver al corso los sufrimientos y humillaciones que les había infligido durante todos esos años y acabar definitivamente con la pesadilla europea.

Por ello, en 1813, tras una campaña con batallas no decisivas, los aliados al fin vieron la posibilidad de cerrar al ejército napoleónico ocupando Leipzig, ciudad clave en sus comunicaciones con Francia. Contra ella se lanzaron, teniendo lugar una dudosa y dura batalla, donde si Napoleón logró escapar a uña de caballo con parte de su ejército, fue ya solamente para huir (en esta acción, protegiendo la retirada, es que cae muerto su fiel y querido mariscal Poniatowsky, héroe polaco icono de los famosos lanceros de esta nacionalidad que tan bravamente lucharon por el «Empereur»)... Porque, efectivamente, los ejércitos aliados no se iban a conformar con esto: iban a llevar la guerra a Francia: la patria, otra vez, volvía a estar en peligro, pero a diferencia de los años revolucionarios, el país estaba cansado de luchar.

París caído en abril de 1814, sólo quedaba un camino: la abdicación, y un rumbo, el que llevaba al destierro en la isla de Elba...

En su día muy famosos y padres de la narrativa histórica contemporánea, los escritores Emile Erckmann y Alexandre Chatrian, grandes amigos y buenos prosistas, originarios ambos de Lorena, juntaron sus plumas para escribir varias obras sobre los tiempos napoleónicos, destacando entre todas ellas *Historia de un recluta de 1813* y *Waterloo*. A continuación, extracto de la primera reflejando a la perfección el espíritu de derrota del ejército imperial en esta fase final de las guerras bonapartistas:

«A las cuatro de la mañana, cuando clareaba el día, llegaron unos carros de víveres; nos dieron raciones de pan, de vino y de aguardiente. La lluvia había cesado. Hicimos allí el rancho, pero nada me hacía entrar en calor; allí fue donde cogí las fiebres. No era yo el único del batallón que estaba así; las tres cuartas partes padecían y se extenuaban del mismo modo; desde hacía un mes, los que no podían ya andar se tiraban al suelo llorando y llamaban a su madre como niños pequeños. Aquello destrozaba el corazón. El hambre, las marchas forzadas, la lluvia y la pesadumbre de saber que no verá uno más a su país ni a las personas queridas, eran las causas de la enfermedad...

A medida que iba entrando el día, descubríamos a la izquierda –al otro lado del río y de un gran barranco lleno de sauces y de pobos– los pueblos quemados, los montones de muertos, los armones, los cañones volcados y la tierra arrasada en cuanto alcanzaba la vista de los caminos... Era peor que Lutzen. Veíamos también a los prusianos desplegarse en aquella dirección y avanzar a millares

por el campo de batalla. Iban a dar la mano a los austríacos y a los rusos, y a cerrar el gran círculo en torno nuestro; nadie podía ya impedirselo, tanto menos cuanto que Bernadotte⁹ y el general ruso Beningsen, que estaban a retaguardia, llegaban con ciento veinte mil hombres de tropas de refresco. Así, nuestro ejército, después de haber librado tres batallas en un solo día, y reducido a ciento treinta mil combatientes, iba a verse cogido en un círculo de trescientas mil bayonetas, sin contar cincuenta mil caballos y mil doscientos cañones.

[...]

De pronto, una veintena de húsares que llegaban a galope tendido y pistola en mano hicieron apartar a todos fuera del camino. Gritaban con voz vibrante:

– ¡El emperador! ¡El emperador!

Inmediatamente se formó el batallón al hilo de las cunetas, presentando armas, y unos segundos después los granaderos a caballo de la guardia, verdaderos gigantes, con sus botas altas y sus inmensos gorros de pelo, que casi les llegaban a los hombros, no dejando ver más que la nariz, los ojos y los bigotes, pasaron al galope, apretando contra la cadera el puño del sable. Todos pensábamos con satisfacción: «Éstos están con nosotros...; son unos hombres terribles».

Pero lo que más me impresionó, en medio de aquellos capitanes que desde hacía veinte años infundían pavor a Europa, fue Napoleón, con su sombrero viejo y su levitón gris; aún le veo pasar ante mis ojos, contraída la ancha barba y la cabeza metida entre los hombros. Todo el mundo gritaba: «¡Viva el emperador!», pero él no oía nada..., ni hacía más caso de nosotros que la llovizna que temblaba en el aire..., y miraba, fruncido el ceño, extenderse el ejército prusiano a lo largo del Partha, para dar la mano a los austríacos. Tal le vi aquel día, y así me quedó en la memoria.

El batallón se había puesto en marcha cuando Zebedeo me dijo:

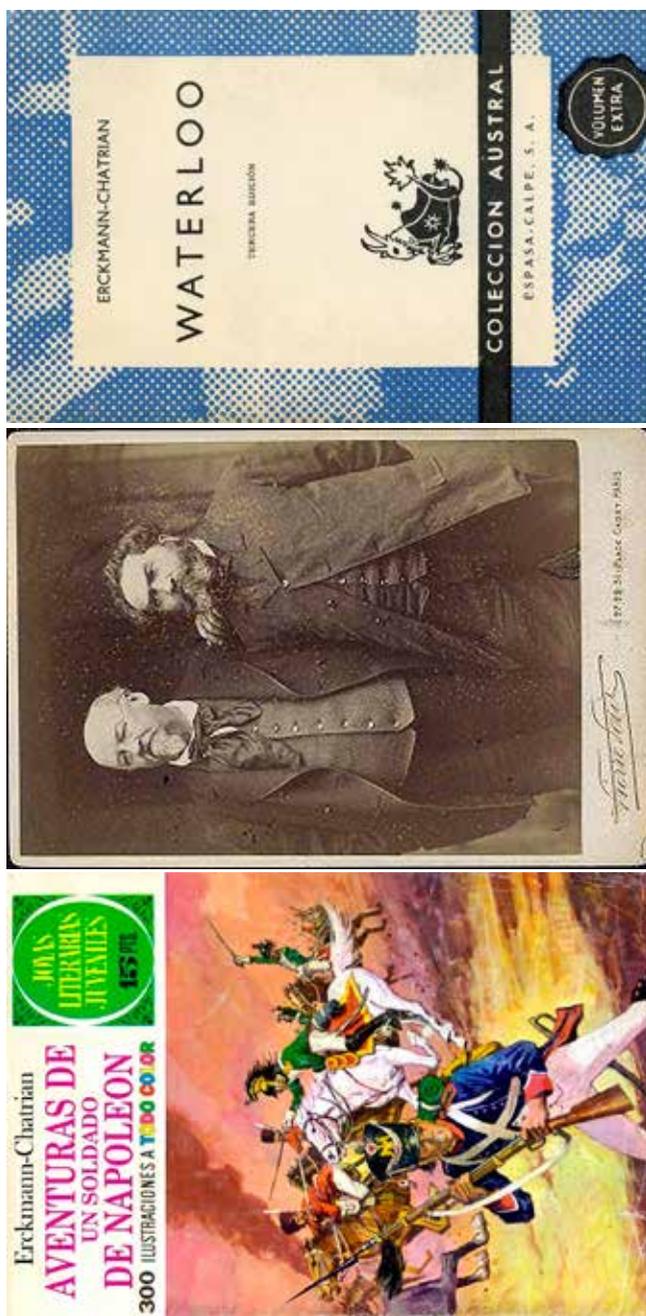
– ¿Le has visto, José?

– Sí, le he visto bien, y me acordaré mientras viva.»

10. WATERLOO

La batalla más simbólica de la historia universal es, quizás, una de las más monótonas de la historia militar. Aunque la campaña previa es fluida, el encuentro final entre Napoleón y sus enemigos en Waterloo el 18 de junio de 1815 tendrá mucho de choque enconado, sin atisbos de genialidad. Las personalidades de los generales condicionan las vicisitudes de esta postrer

⁹ Bernadotte había sido uno de los primeros siete mariscales nombrados por Napoleón. Tiempo después desertó y pasó al ejército sueco... terminando por conformar una dinastía.



«Joya ilustrada» basada en el clásico *Historia de un recluta de 1813*, de Erckmann-Chatrian, en la foto. Al lado, portada de la entrañable Espasa-Calpe para *Waterloo*

campana. Bonaparte está cansado y, por supuesto, ni él ni su recién creada *Armée du Nord* son los de Marengo o Austerlitz, ni siquiera los de Borodino. Wellesley es un general típico de su país: si el espíritu de la *Navy* es ofensivo y eminentemente osado, el del *British Army* es cauto, defensivo, correoso: parece perder todas las batallas salvo la crucial, la última. Blucher, tercero en discordia, es un híbrido entre la gloria pasada de Federico y los futuros éxitos de Moltke el Viejo y sus generales; cuenta con un as en la manga: un efficacísimo jefe de estado mayor, Von Gneisenau, con el que inaugura una escuela consistente en el binomio formado por un general dinámico y un auxiliar calculador, acaso la única forma de poder hacer las guerras venideras, tremendamente complejas.

Con sumo secreto y rapidez Napoleón se había dirigido hacia Bélgica en la idea de batir primero a británicos y prusianos por separado para luego caer sobre las fuerzas austro-rusas sitas en Alemania. Wellington tenía su base estratégica en Bruselas cerrando las bocas del Escalda y siempre cercano a la costa por las dudas; Blucher en el curso del Mosa a su paso por Lieja. Conocedor de la mayor agresividad de éste, decidió arremeter contra él, batiendo a parte de su ejército en Ligny mientras que otra fracción de la *Armée du Nord* entraba en contacto con los ingleses en Quatre-Bras, encrucijada de caminos no muy lejos del que será campo de batalla principal. Bonaparte había ganado así veinticuatro horas, tiempo suficiente para evitar la concentración de las tropas aliadas. Fue entonces cuando el emperador mandó al cuerpo de Grouchy partir en persecución de los prusianos mientras él se dirigía con el grueso a Waterloo.

Lo demás es historia... Que contó, con muchas licencias pero con gran encanto, ese titán de la literatura del XIX que fue Victor Hugo. He aquí extractos del Libro Primero de la Segunda Parte –*Cosette*– de *Los miserables*:

«Todo el mundo conoce la primera fase de esta batalla; principio confuso, incierto, vacilante, amenazador para los dos ejércitos, pero más aun para los ingleses que para los franceses. Toda la noche había estado lloviendo; la tierra estaba empapada y hasta se habían formado lagunas... La acción empezó tarde. Napoleón acostumbraba tener toda la artillería en su mano como una pistola, apuntando ora a un punto, ora a otro de la batalla, y había querido esperar a que las baterías enganchadas pudiesen rodar libremente. Para esto era preciso que el Sol apareciese y secase la tierra. Pero el Sol no apareció. No era ya la cita de Austerlitz.

La acción empezó con furia, con más furia tal vez que la que el emperador hubiese querido, por el ala izquierda francesa, sobre Hougomont. Al mismo tiempo, Napoleón atacó el centro, sobre la Haie-Sainte, y Ney llevó

el ala derecha francesa contra el ala inglesa izquierda, que se apoyaba en Papelotte. El ataque a Hougomont tenía algo de simulado; su objeto era llevar hacia allí a Wellington y hacerle inclinar hacia la izquierda. Este plan hubiera dado buenos resultados si las cuatro compañías de guardias inglesas y los fogosos belgas de la división de Perponcher no hubiesen defendido sólidamente la posición...

El ataque del ala derecha francesa sobre Papelotte era un ataque a fondo: derrotar a la izquierda inglesa, cortar el camino de Bruselas, cerrar el paso a los prusianos que pudieran acudir por aquella parte, forzar la posición de Mont-Saint-Jean, rechazar a Wellington hacia Hougomont, de allí hacia Braine l'Alleud, de allí al mar: nada más sencillo. A excepción de algunos incidentes, este ataque tuvo buen éxito. Papelotte fue tomado y la Haie-Sainte también. [...] Cualquiera que sea la combinación de los generales, el choque de las masas armadas tiene incalculables reflujos; en la acción, los dos planos de ambos jefes penetran uno en otro y se desfiguran mutuamente. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los rastros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondean, los regimientos entran o salen formando cabos o golfos; todos esos escollos se renuevan continuamente unos tras otros; al sitio donde estaba la infantería llega la artillería; donde se halla la artillería se ve ahora la caballería; los batallones son columnas de humo... ¿Qué es una batalla? Una oscilación...

A eso de las cuatro la situación del ejército inglés era grave... Casi tomado Hougomont y tomada la Haie-Sainte, no quedaba más que un nudo, el centro, que continuaba resistiendo. Wellington lo reforzó... El peligro de esta posición era la selva de Soines, contigua entonces al campo de batalla y cortada por los estanques. Un ejército no habría podido retroceder allí sin disolverse; la retirada hubiese sido una dispersión general. Inquieto Wellington, pero imparable, estaba a caballo, y todo el día permaneció en la misma actitud, un poco delante del molino viejo de Mont-Saint-Jean, y bajo un olmo que un inglés, vándalo entusiasta, compró después en doscientos francos, lo hizo serrar y se lo llevó. Wellington se mostró allí friamente heroico. Llovían las balas. Lord Hill le dijo:

– Milord, ¿cuáles son vuestras instrucciones y qué órdenes nos dejáis si os matan?

– Haced lo que yo –respondió–. Permaneced aquí hasta perder el último hombre.

La jornada iba mal visiblemente. Wellington gritaba a sus antiguos compañeros de Vitoria, de Talavera y de Salamanca:

– «Bous» (muchachos), ¿pensáis acaso huir? ¡Acordaos de la vieja Inglaterra!

A eso de las cuatro la línea inglesa se movió hacia atrás. De pronto no se vio ya en la cresta de la meseta más que la artillería y los tiradores; el resto había desaparecido. Los regimientos, arrojados por los obuses y las balas francesas, se replegaron al fondo que corta el sendero de la granja de Mont-Saint-Jean; hubo un movimiento retrógrado, desapareció el frente de batalla inglés y Wellington retrocedió.

– Principio de retirada –exclamó Napoleón, quien estaba de buen humor–...

Sabida es la dolorosa equivocación de Napoleón: esperaba a Grouchy, y fue Blucher el que llegó; la muerte en vez de la vida. El Destino tiene variaciones de esta clase; se espera el trono del mundo y se divisa Santa Elena.

[...] Sabido es lo demás: la irrupción de un tercer ejército, la batalla dislocada, la caballería prusiana dirigida por Blucher en persona, los franceses rechazados, otra batalla amenazando a la caída de la tarde a nuestros regimientos desmantelados, toda la línea inglesa volviendo a tomar la ofensiva y avanzando hacia nosotros, la gigantesca brecha abierta en el ejército francés, la metralla inglesa y la metralla prusiana ayudándose mutuamente, el exterminio, el desastre en el frente, el desastre en los flancos, la Guardia entrando en línea bajo aquel espantoso y general hundimiento. Conociendo que iban a morir, gritaban: «¡Viva el emperador!» No hay nada en la Historia más patético que esa agonía estallando en aclamaciones. Algunos cuadros de la Guardia, inmóviles en el torrente de la derrota, como rocas en un torrente de agua, permanecieron firmes hasta la noche. Cuando llegó la noche, acompañada de la muerte esperaron esta doble sombra y se dejaron envolver en ella a pie firme. Cada regimiento, aislado de los demás, y no teniendo ya lazo alguno con el ejército, deshecho por todas partes, moría por su cuenta. Para llevar a cabo esta última acción había tomado cada cual sus posiciones. Allí, abandonados, vencidos, terribles, aquellos cuadros sombríos agonizaban formidablemente. Ulma, Wagram, Jena, Friedland, morían ellos.

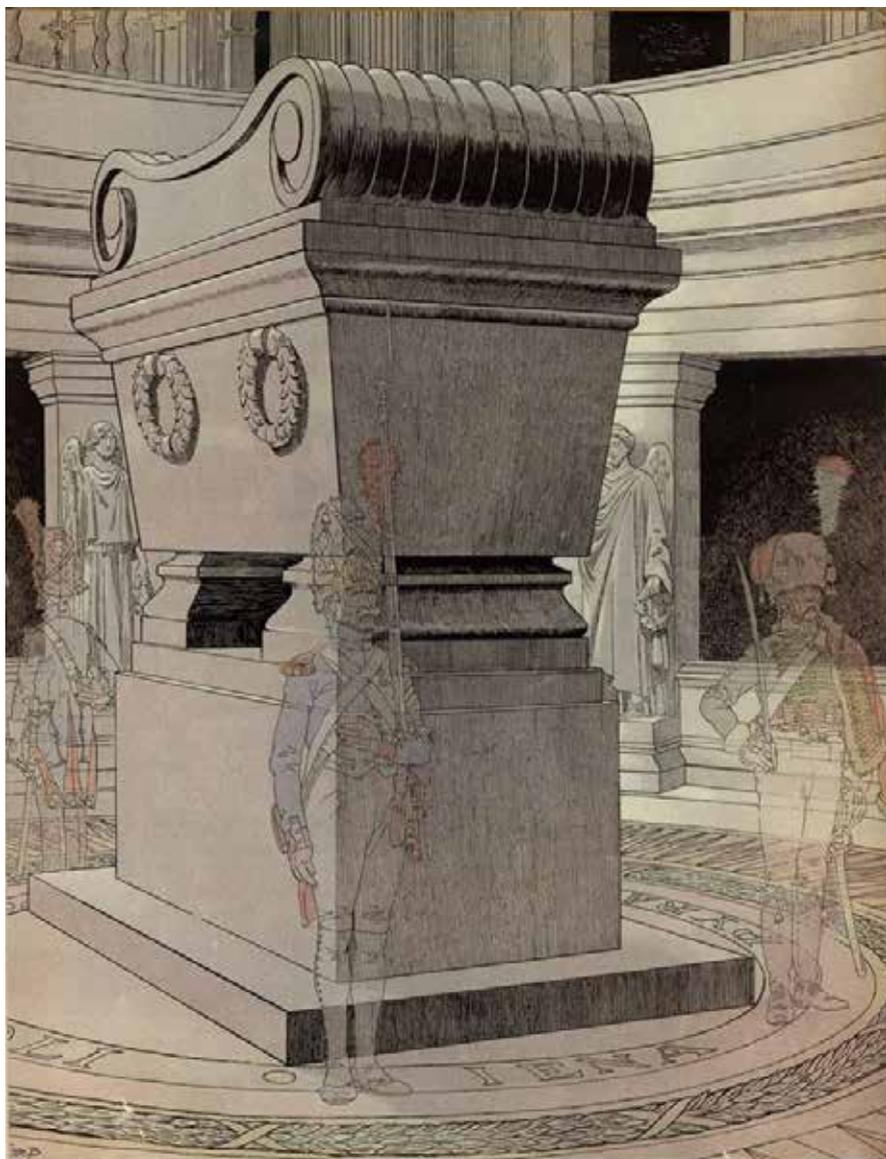
A la hora del crepúsculo, a eso de las nueve de la noche, sólo quedaba uno en la parte baja de Mont-Saint-Jean. En este valle funesto, al pie de la pendiente que habían subido los coraceros, inundada ahora por las masas inglesas, luchaba este cuadro bajo los fuegos convergentes de la artillería enemiga victoriosa y bajo una horrible densidad de proyectiles. Mandábalo un oscuro oficial llamado Cambronne. A cada descarga disminuía el cuadro, y respondía. Contestaba a la metralla con la fusilería, estrechándose continuamente sus cuatro muros...

– ¡Rendíos, valientes franceses!

Cambronne contestó:

– ¡Merde!

(Uno de los veteranos dice que los ingleses hicieron dos intimaciones; a una contestó así y a la otra con «La Guardia muere, pero no se rinde»).

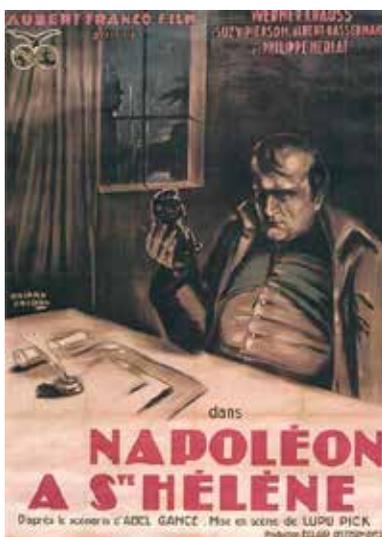


EL ADIÓS DE FONTAINEBLEAU

Antes de partir para su primer destierro en la isla de Elba, del que volvería para emprender su última campaña, la de los Cien Días –que a su vez acabó con su derrota en Waterloo y su definitivo destierro de Santa Elena–, Napoleón dijo adiós el 20 de abril de 1814 a su Vieja Guardia en el patio del castillo de Fontainebleau. He aquí sus palabras de despedida pronunciadas antes de abrazar y besar a su bandera:

«Soldados de mi Vieja Guardia, os digo adiós. Desde hace veinte años os he encontrado constantemente en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, igual que en los de nuestra prosperidad, no habéis dejado de ser modelos de bravura y de fidelidad. Con hombres como vosotros nuestra causa no era una causa perdida. Pero la guerra era interminable; habría llegado la guerra civil, y Francia habría sido aun más desgraciada. Por esta razón he sacrificado nuestros intereses a los de la patria; me voy. Vosotros, amigos míos, continuad al servicio de Francia. Su honor era mi único pensamiento; ¡siempre será el objeto de mis deseos! No compadezcáis mi suerte; si he consentido a sobrevivirme es para seguir sirviendo a vuestra gloria; ¡quiero escribir las grandes cosas que hemos hecho juntos! ¡Adiós, hijos míos! Querría abrazaros a todos contra mi corazón; ¡al menos abrazaré vuestra bandera!...

¡Adiós otra vez, viejos compañeros! ¡Que este último beso llegue a vuestros corazones!»



***Napoleón en Santa Elena*, película muda con guion de Abel Gance, 1929**

TESTAMENTO DE NAPOLEÓN (extractos)**(Recogido por el Conde de Las Cases en el *Memorial de Santa Elena*)**

Hoy, 15 de abril de 1821, en Longwood, isla de Santa Elena. Éste es mi testamento, o acta de mi última voluntad.

I

1º. Muero en la religión apostólica, y romana, en cuyo seno nació hace más de cincuenta años.

2º. Deseo que mis cenizas reposen en las orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés al que tanto amé.

3º. Siempre estuve satisfecho de mi queridísima esposa María Luisa; conservo hacia ella, hasta el último momento, los sentimientos más tiernos y le ruego que vele para librar a mi hijo de las asechanzas que aún rodean su infancia.

4º. Recomiendo a mi hijo que no olvide nunca que nació príncipe francés y que no se preste jamás a ser instrumento en las manos de los triunviros que oprimen a los pueblos de Europa. No debe combatir nunca a Francia ni perjudicarla de ningún modo; debe adoptar mi divisa: *Todo por el pueblo francés...*

Doy gracias a mi buena y excelentísima madre, al cardenal, a mis hermanos José, Luciano, Jerónimo, Paulina, Carolina, Julia, Hortensia, Catalina, Eugenio por el interés que por mí han conservado; perdono a Luis el libelo que publicó en 1820: está lleno de afirmaciones falsas y de documentos falsificados.

II

1º. Lego a mi hijo las cajas, órdenes y demás objetos, tales como la plata, el lecho de campaña, las armas (en especial la espada que llevaba en Austerlitz), sillas de montar, espuelas, cozones de mi capilla, [mi despertador, que era el de Federico II y cogí en Potsdam], el collar de la Legión de Honor, libros y ropa blanca, que fueron de uso para mi cuerpo. Deseo que este pobre legado le sea querido, por el recuerdo que lleva de un padre de quien el universo entero hablará.

...

36º. Todo lo que esa imposición produzca por encima de la suma de cinco millones seiscientos mil francos, de que se ha dispuesto más arriba, será distribuido en gratificaciones a los heridos de Waterloo y a los oficiales y soldados de la isla de Elba...

III

Lego mis bienes particulares: una mitad a los oficiales y soldados que quedan del ejército francés y que combatieron desde 1792 a 1815 por la gloria y la independencia de la nación; su repartición será hecha a prorrato del sueldo en activo. La otra mitad, a las ciudades y campos de Alsacia, de Lorena, del Franco Condado, de Borgoña, de la Isla de Francia, de Champaña, Forez y Delfinado, que hayan sufrido de una u otra invasión. Se sacarán de esta suma un millón para la ciudad de Brienne y un millón para la de Mery.

Instituyo a los condes Montholon, Bertrand y Merchand, albaceas míos.

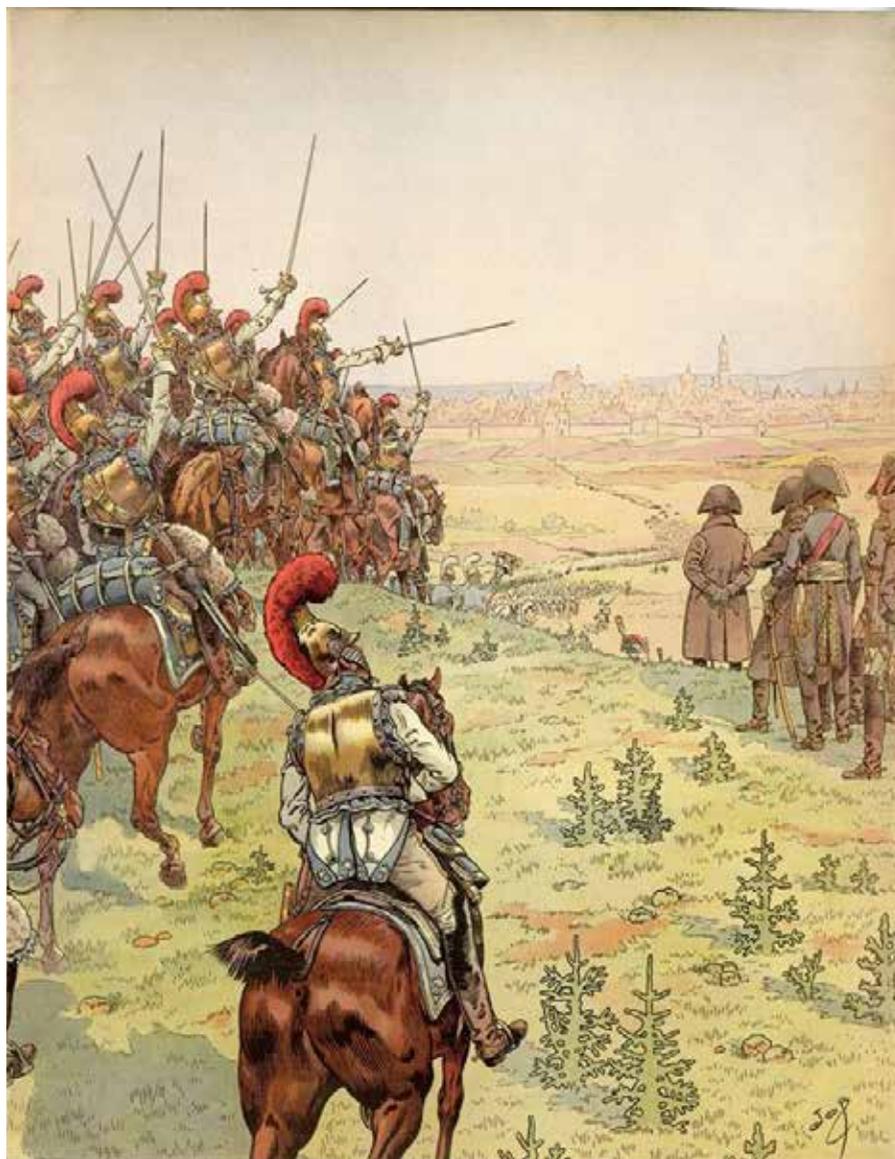
(Marchand conservará mis cabellos, con los que mandará hacer un brazalet provisto de un pequeño candado de oro, para enviárselo a la emperatriz María Luisa, a mi madre, y a cada uno de mis hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas, al cardenal, y uno mayor, para mi hijo.)

El presente testamento, complemento escrito de mi puño y letra, está firmado y sellado con mis armas. —Napoleón.

(Sello).

Napoleón dispuso, además, ser enterrado con la capa que vestía el 14 de junio de 1800 en la batalla de Marengo, que consideraba una de las suyas más importantes.

Últimas palabras de Napoleón a las 5 y media de la madrugada del día 5 de mayo de 1821: «Cabeza... Ejército...».



BIBLIOGRAFÍA

- BAROJA, Pío: *El escuadrón del Brigante*. Círculo de Lectores. Barcelona, 1997.
- CERAM, C.W.: *Dioses, tumbas y sabios*. Discolibro. Barcelona, 1972.
- CONDE DE LAS CASES: *Memorial de Santa Elena* (tres tomos). Joaquín Gil editor. Barcelona, 1944.
- EHRENBURG, Ilya: *La conspiración de los iguales*. Ediciones Júcar. Madrid, 1974.
- ERCKMANN-CHATRIAN: *Historia de un recluta de 1813*. Editora Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1949.
- GALLO, Max: *Napoleón*. Editorial Planeta. Barcelona, 2002.
- HUGO, Victor-Marie: *Los miserables*. Colección de suplementos literarios de la publicación *La Libertad*, c. 1900.
- LUDWIG, Emil: *Tu tierno esposo Napoleón. Ensayo sobre las cartas de Napoleón a María Luisa, seguido de otros bocetos sobre estos personajes*. Editorial Juventud. Barcelona, 1935.
- MALRAUX, André: *Vida de Napoleón contada por él mismo*. Edhasa. Barcelona, 1993.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Bailén*. Historia 16. Madrid, 1992.
- STENDHAL: *La Cartuja de Parma*. Ediciones Cátedra. Madrid, 2007.
- TOLSTOI, Conde León: *La Guerra y la Paz (Novela histórica)*. Casa Editorial Maucci. Barcelona, 1902.

Recibido: 22/02/2021

Aceptado: 24/06/2021